

La vergüenza del quirquincho

Había una vez un quirquincho que estaba sentado en las Salinas, en Santiago del Estero. Estaba medio aburrido el quirquincho. “Vamos a ver si hoy pasa algo”, murmuró para sí mismo. Pero se sentó un rato, y no pasaba nada. Le preguntó a unas hormigas que pasaban llevando un chañar si había alguna novedad, y las hormigas le dijeron que no, que hoy no pasaba nada. Se sentó otro rato y tampoco pasaba nada. Se sentó un rato más, y pasó un quitupí. El quirquincho le preguntó si había alguna novedad, y el quitupí le dijo que no, que hoy no pasaba nada. Y la verdad era que hoy, como siempre, no pasaba nada. Entonces el quirquincho se dijo “mejor me voy a dormir una siesta”, y se metió en su cueva y se fue a dormir la siesta.

Apenas se durmió, un ruido raro lo despertó. Era un ruido como de un animal grande, y parecía estar rengo, porque se escuchaba pum, pum, pum, pam; pum, pum, pum, pam. Como si una pata andara mal, tres hacían pum, pum, pum, y otra hacía pam. El quirquincho salió de su cueva y miró para todos lados. A lo lejos se veía una nube de polvo. Era un bicho medio grisáceo, grandote. No lo podía ver bien, porque levantaba mucho polvo, y porque hacía mucho calor y los contornos del animal se desdibujaban en el aire caliente. Seguro que nunca había visto algo así antes, el bicho tenía una trompa, y unas orejas grandes, parecía un elefante.

“¿Un elefante en las Salinas? No puede ser” pensó el quirquincho. Pero a medida que el animal se fue acercando ya no le quedaron dudas: era nomás un elefante. Y además venía derecho hacia donde él estaba. El quirquincho se asustó tanto que empezó a correr, y el elefante corría detrás de él. Entonces el quirquincho pensó que había sido tan tonto como para alejarse de su cueva, pero siguió corriendo. Le iba sacando bastante ventaja al elefante, y cuando llegó al medio de un salitral, se hizo una bolita. Si me pisa me voy a hundir en la sal, y no me va a poder romper, pensó el quirquincho, y se quedó quietito. Entonces escuchó otra vez, pum, pum, pum, pam; pum, pum, pum, pam, el elefante se detuvo y empezó a buscarlo. Hasta que lo vio, y le golpeó el caparazón con la trompa: toc, toc, toc, tac.

-¿Me podés ayudar por favor?

El quirquincho se quedó mudo un rato. Pero el elefante insistía: toc, toc, toc, tac.

-¿No me vas a comer? -preguntó el quirquincho.

-No, no te voy a comer -dijo el elefante- yo como hojas de árboles. Necesito que me indiqués para donde quedan Las Termas, porque tengo que estar ahí esta noche.

El quirquincho abrió un poco su caparazón, para espiar. Y ahí estaba el elefante, mirándolo con unos ojos tan buenos que le dio un poco de vergüenza haberle tenido miedo. El elefante tenía tres patas normales, con unas pezuñas al final, pero la pata izquierda de adelante era cuadrada, como una columna de cemento.

Es por eso que suenan distintas cuando camina -penso el quirquincho. Y se puso tan curioso por esa pata cuadrada que se abrió para mirar mejor, y le dijo:

-Las Termas quedan para aquel lado, tenés para un rato de caminata.

-Muchas gracias -dijo el elefante, y empezó a irse.

El quirquincho contestó “de nada”, y se quedó pensando “¿por qué tendrá una pata cuadrada? Mejor le pregunto antes de que se vaya para poder contarle al quitupí y las hormigas”.

-Esperá un momentito, antes de que te vayas, ¿me podés decir por qué tenes una pata cuadrada?

-¿Y a vos que te importa? ¡Quirquincho mal educado! ¡Indiscreto!

El elefante se fue, sin darse vuelta, y el quirquincho se quedó rascándose la cabeza. Vaya a saber por qué se enojó tanto, mejor me vuelvo para mi cueva. Pero entonces sí que se asustó: no sabía para dónde quedaba su cueva, se había perdido. “Perdido yo?? En las Salinas? Imposible!” Pero era verdad, no sabía para donde ir. Entonces vio otro animal, muy raro que se acercaba a él. Era un animal que parecía una rata gigante, y saltaba. Cuando lo vio mas cerca, no podía creer sus ojos: un canguro. Y tenía las dos patas cuadradas, como si fueran las patas de una mecedora.

-Buenas tardes, ¿sería tan amable de indicarme hacia adónde quedan Las Termas? -dijo el canguro.

-Seguro -dijo el quirquincho- ¿ve esa nube de polvo que se aleja en el horizonte? Es un elefante que se dirige a Las Termas, si usted lo sigue, va a llegar sin problemas.

-Muchas gracias.

-Antes de que se vaya, ¿me podría decir por qué tiene dos patas cuadradas?

-¡Pero que le importa! ¡Qué mal educado!

El quirquincho se dijo que esto era demasiado raro. Mejor volver a su cuevita y dormir otra siesta a ver si las Salinas se normalizaban. Pero en eso se encontró de frente a frente con un animal grandote y con cuernos. Pensaba que era un buey o un cebú, pero cuando lo vio bien, se dio cuenta que era un búfalo, y tenía tres patas cuadradas, como las patas de una silla, pero en la pata izquierda de adelante tenía una pezuña.

-No me diga nada, quiere ir a Las Termas

-Sí -dijo el búfalo- tengo que estar ahí esta noche, y me ayudaría mucho si me dijera como llegar.

-Vaya por aquel lado. Va a ver una nube de polvo grande, es un elefante, y una nube de polvo más chica, es un canguro. Los dos se van para Las Termas. Si los sigue, llega tranquilo.

“Esta vez no le voy a preguntar por las patas cuadradas”- penso el quirquincho- “porque seguro que éste tambien se va a enojar”. El búfalo dijo muchas gracias y hasta luego, pero cuando se estaba yendo le dijo al quirquincho:

-Perdone que sea indiscreto señor Quirquincho, pero ¿por qué tiene usted las cuatro patas cuadradas?

El quirquincho, muerto de miedo, se miró las patas. Eran cortitas y cuadradas, como las patas de una mesa ratona. Las cuatro. Le dio tanto miedo que le gritó al búfalo:

-¿Y a vos qué te importa? ¡Indiscreto!

Y en ese momento el quirquincho se despertó.

A la tarde, volvieron a pasar las hormigas.

-¿Alguna novedad, don Quirquincho?

-Ya ven, nada.

Al rato, pasó el quitupí:

-¿Alguna novedad, don Quirquincho?

-Nada compadre, nada, ¿qué puede pasar en las Salinas?

“Si supieran” pensó el quirquincho, escondiendo las patas en su cueva.